

dolorosa, pero recompensa inmediatamente, con una paz, una fuerza y una seguridad tan grandes, que no sería demasiado comprar este estado al precio de mil muertes.

Con todo, bueno es velar para que esta muerte no sea tan sólo un letargo, sino que sea muerte verdadera. Como lo dice la vieja sentencia:

«¡Oh hijos míos! Aprended á morir, renunciad á vuestra propia voluntad y obtendréis la paz. Cuando Dios llegue á reinar en vosotros, abandonaos á Él, que es el bien más elevado y más puro, y Él os protegerá». ⁽¹⁾

10. Dificultad de la empresa que se debe cumplir en la vía purgativa.—Inútil es decir, á quien esto comprende, que no experimentamos necesidad alguna de exagerar las exigencias de la perfección humana, lo que ciertamente no hacemos.

Por otra parte, nuestra empresa es suficientemente difícil, aunque demos de lado al rigorismo de los estoicos.

Quizás creen haber dicho algo extraordinario, cuando pretenden que el pecado no debe declararnos la guerra, que el mal no debe hacer presa en nosotros.

Sin embargo, nos parece que esto no es nada, si por lo menos no juramos guerra al pecado, y si, con constante actividad, no logramos impedir que el mal entre en nosotros.

Esto no es imposible; pero no nos engañamos al decir que no se obtiene este resultado sin muchas penas y luchas.

No hemos hecho más que arrojar rápida ojeada sobre lo que nos impone el principio de la perfección, la vía purgativa; y aquí no podemos hacer más que gemir, así por la dificultad y grandeza del primer paso, como por nuestra negligencia.

Sí, procedemos con demasiada ligereza con nuestro natural, nuestros defectos, nuestras imperfecciones, nuestra purificación; con nuestra vida, la eternidad, nuestra conciencia; con la comprensión de nuestras obligaciones y de

(1) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 855 (II, 663).

nuestra dignidad; con el honor, la santidad y la justicia de Dios, y especialmente con su gracia. Confiamos en su bondad, y no caemos en la cuenta de que precisamente es ésta la que nos llama á penitencia. ⁽¹⁾ Confiamos en su poder, diciéndonos que, no obstante nuestra pereza, hará todavía milagros.

¡Ah, los santos razonaban de muy distinto modo! Toda su vida practicaron constantemente la moderación de los sentidos, y domaban sus instintos, como si no hubiesen conocido mayores enemigos que ellos.

Un heredero de sus pensamientos expresa perfectamente sus trabajos de purificación continua en estos términos: «Necesario es que huya de las criaturas, si quiero dirigir mi espíritu hacia Dios para purificarlo. Necesario es que aspire continuamente á la virtud, si quiero abrasarme en los ardores del amor divino. Necesario es que encadene muy pronto mi lengua, si quiero hallar la paz». ⁽²⁾

Que nadie tome esto por extremada severidad ó escrúpulos exagerados, pues sólo es prudente vigilancia.

Momentos ha habido para muchos santos en que han marchado por el borde del precipicio. Todos tenían sus lados flacos. Bastaba descuidarlos, no combatirlos, para que estos enemigos pudieran precipitarlos en el abismo.

Distinguió un día Santa Teresa, en una visión, el puesto que hubiera ocupado en el infierno, si por más tiempo hubiese dejado libre curso á sus antiguas imperfecciones.

Del mismo modo, todos los santos hubieran cambiado el puesto que el Salvador les había preparado en la casa de su Padre por la eterna condenación, si no hubiesen entrado en la vía de la purificación, y no la hubiesen recorrido hasta el fin.

Saludable enseñanza para nosotros es ésta. Nuestras debilidades no son obstáculo alguno á nuestra perfección y á nuestra felicidad. Nuestros mismos pecados no nos excluyen de este fin. Si la fragilidad humana hiciese imposi-

(1) Rom., II, 4.

(2) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 457 (II, 302).

ble la conquista del reino celestial, Dios no lo hubiera fundado para los hombres.

Pero cuanto más grande es nuestra debilidad, más necesarios son los esfuerzos, la seriedad y la purificación. Si hombres fuertes y robustos han sostenido grandes luchas para lograr este fin, con mayor energía deben combatir los hombres débiles. Si los hombres puros no han tenido otro camino que el de la purificación para alcanzar la perfección, no hay esperanza alguna para los hombres impuros fuera de esta vía.

«Que el hombre débil marche, pues, con toda seguridad por el camino de los santos;—dice un alma santa—que, como ellos, pida á Dios la gracia particular de comprender su debilidad, las luchas que debe reñir contra sus enemigos, y la manera como debe combatir, porque aseméjase él á un guerrero armado de todas armas, cuyos ojos han sido vendados; en todas partes la naturaleza humana le suscita obstáculos; por todas partes paraliza sus esfuerzos». ⁽¹⁾

(1) Mechtild von Magdeburg, 6, 16 (lat. 1, 14).

CONFERENCIA XVIII

LA VÍA ILUMINATIVA

1. El horror á la paciencia y al esfuerzo es la razón porque se dan tan pocas virtudes perfectas.—La virtud tiene un enemigo formidable, la impaciencia. Imposible es no amar el bien y no querer ser perfecto. Si el querer y el obrar fuesen la misma cosa, no hay nadie que no estuviera ya mucho tiempo ha en la cumbre de la perfección.

¿Porqué, pues, no hay más que un número tan restringido de personas que logran la verdadera virtud, y, entre ellas muchas que retroceden después de haber adelantado tanto en el camino de la perfección?

Porque no estamos convencidos de que, para ser buenos, preciso es trabajar en serlo, y de que, para llegar á ser buenos, se necesitan tiempo y fatiga, valor y tenacidad.

Uno de nuestros poetas, verdadero evangelista de la llamada moral libre, es decir, de la moral sin religión, ha expresado esto de un modo algo simple y pueril:

«Si todas las magnificencias estuviesen reunidas en una flor de la pradera;—dice,—si todas las dulzuras estuviesen condensadas en una gota de rocío, cogería la primera ó sorbería la segunda, y esto me bastaría». ⁽¹⁾

Desgraciadamente,—no podemos disimulárnoslo—el poeta que se las ha arreglado tan bien para reunirel jugo de todas las flores del libre pensamiento antiguo y moderno, oriental y occidental, en una gota de agua límpida y dulce, desgraciadamente—decimos—este brahanán moderni-

(1) Rücker, *Gedichte*, (1841), 18.